Reliquias de España

Escribe Aniceto Playa

Tengo mi viaje listo para visitar la *Octava Maravilla del Mundo*. Se trata del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, fundado por el tan discutido Monarca, Felipe II.

A temprana hora de la mañana, el tren expreso de San Sebastián, me deja en la Estación del Escorial de Abajo. Desde ésta, en lo alto se divisa el Monasterio. Para no perder detalle de tanta grandeza, recorro a pie los dos kilómetros, que me separan del Escorial de Arriba, lugar en que está asentada la Maravilla.

Entre las dos Villas, está enclavada la Casa del Príncipe, (que más adelante describiré), y en ella me entero de la prohibición que hay, para visitar el Monasterio, debido a los grandes preparativos que se están haciendo, para un gran funeral y enterramiento, los cuales romperán la tradición de siglos y la expresa voluntad de su fundador, enterrando en él, a un personaje, que no fué ni Rey ni Príncipe, sino el Jefe de un pequeño partido político, sin mayor arraigo en España, pero, que la soberbia de un hombre mediocre, ocasionalmente encumbrado, sin más méritos que los de parentescos, dispuso que en procesión nocturna, recorriera el cadáver, los caminos de España, imitando así a la Reina Loca de Castilla, Doña Juana, que hace cinco siglos hizo lo mismo, con su esposo, el Rey Don Felipe el Hermoso.

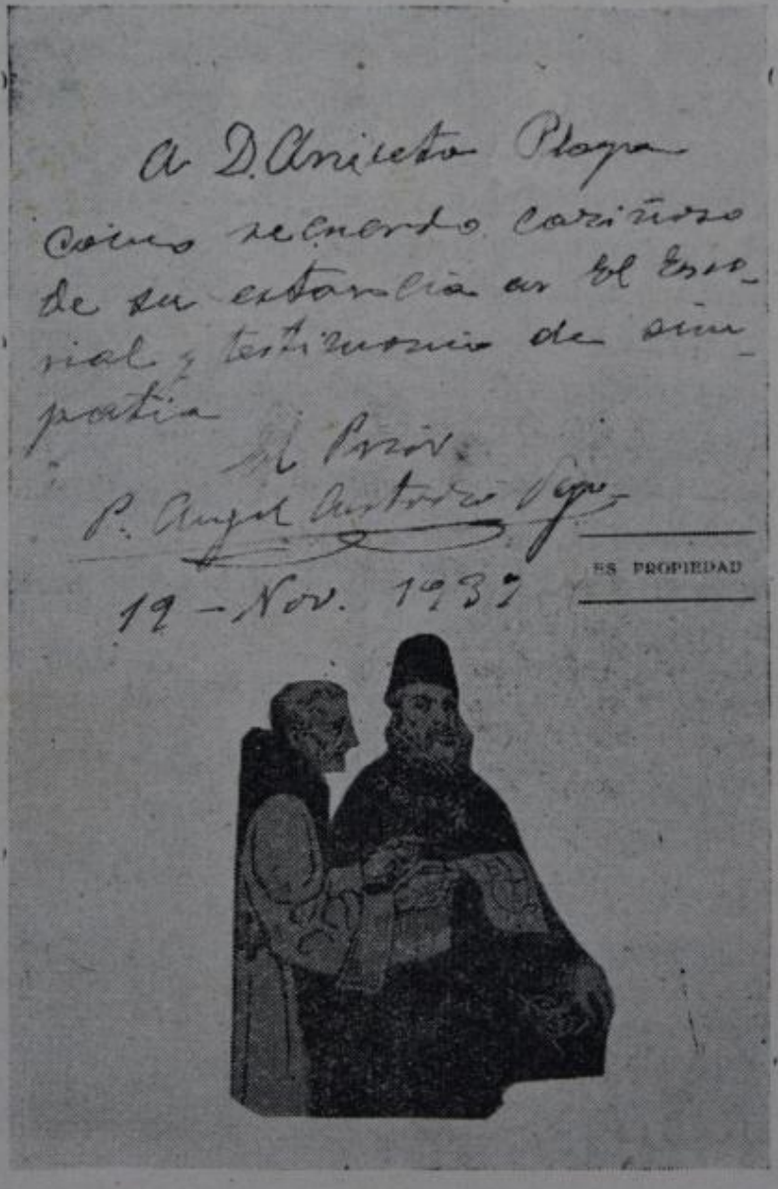
Afortunadamente esta medida no fué para mí obstáculo alguno, las cartas que llevaba para Su Reverencia Ilustrísima, el Prior Mitrado del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, Angel Custodio Vega, me abrieron todas las puertas y me subsanaron las dificultades.

Mi emoción es grande. Estoy ante la sorberbia mole del Escorial. Recuerdo a Núñez de Arce.

Vista general del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, fundado por el Rey Don Felipe II

... el monasterio que alzó Felipe II
para admiración del Mundo
y ostentación de su Imperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido—
De nuestro poder ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso,
al pie del monte rendido.

Entro por el patio de los Reyes, llamado así, por estar en él, las colosales estatuas de dieciocho pies de alto, de los Monarcas de Judá, Josafat, Ezequías, David, Saomón, Jonás, Manasés y la de San Lorenzo, que como reza el dicho, *seis Reyes y un Santo, salieron de este canto, y quedó para otro tanto,* como admiración, a la enorme piedra de granito que se utilizó, para la talla de tan gigantescas figuras.



Autógrafo del Prior del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, S. R I. Angel Custodio Vega

Al acercarse uno a la puerta principal de la Iglesia y en medio de su fachada, divisa una gran ventana, que da luz a una pequeña Capilla, que al celebrarse misa en ella, puede ser vista y oída desde el inmenso patio. La única imagen del Altar, es un Santo Cristo de tamaño natural y de inmaculada blancura. Después me entero de que es la obra cumbre de Benvenuto Cellini. Es el Cristo de mármol blanco, al que las hordas francesas de 1808, rompieron los brazos a martillazos, para facilitar así, su traslado a Francia.

Llego a la Sacristía, y un hermano lego me conduce ante el Prior. Estoy ante uno de los hombres más sabios de España. S. R. I., es persona de simpática figura. Finos modales. Cincuentón. Estatura mediana. Amable y, sobre todo, de gran cultura. Habla en y traduce de siete idiomas. Los Incunables y Códices Griegos, Arabes, y Hebreos, no tienen secretos para él. Charlamos de Costa Rica y de España. Le obsequio tres libros de autores costarricenses. Las Crónicas Coloniales, de don Ricardo Fernández Guardia; Las Serpientes Venenosas de Costa Rica, del sabio Clorito Picado, y El Guanacaste, libro este último que se editó, para la celebración del Centenario de Nicoya. Los encuentra típicos e interesantes. La cariñosa amabilidad del Prior me confunde. Será mi cicerone.

Almorzamos y en el mismo comedor recibo mi primera lección. Es el mismo que cinco siglos ha, honraba el Rey Felipe con su presencia frecuentemente. Sencillísimas las mesas y las sillas. Severos los adornos. Me describe los frescos murales y los cuadros. Greco, Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz, Españoleto, Carvajal, El Mudo, etc. etc., no cesando yo un solo momento de admirar tanta belleza.

Corrían los primeros días de febrero, del año de gracia de 1557 y notábase un inusitado movimiento en el célebre Monasterio de Yuste. La causa no era para menos. Los Monjes se disponían a recibir al hombre más poderoso del mundo, que abrumado por el peso de su Corona y Trono y encorvado por el de su armadura, llegaba, después de haber renunciado a las vanidades, pompas y honores mundanos, a trocar sus Palacios y Castillos, por una humilde celda de penitente. Este titán era la Majestad del muy grande y noble Emperador Carlos I de España y V de Alemania, hijo de la Reina Juana la Loca y de Felipe el Hermoso y por lo tanto nieto de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel.

Queriendo el prudente César, que el principio del reinado de su hijo, fuera tranquilo, suscribió una tregua de cinco años, con el Rey de Francia, Enrique II, hijo de Francisco I.

No habían transcurrido siete meses de la reclusión voluntaria del César Español, cuando los enemigos naturales de España, se aliaron y le declararon la guerra. El de Francia se alió con el Papa, previa promesa de que el Reino de Nápoles sería para un hijo suyo, como recompensa del auxilio Papal.

Los aliados creyeron que con el encierro del León, sería fácil acabar con el poderío de España. Sabían que Felipe rezaba. ¿Sería digno hijo del padre? ¿Qué sería el cachorro? Esto es lo que se preguntaba Europa entera,

al romperse las hostilidades. Lo cierto es que el Rey Don Felipe no deseaba la guerra, quería dedicarse, con toda tranquilidad, a la administración de sus grandes dominios y a los asuntos de América, en donde los españoles, cada día descubrían y conquistaban nuevos territorios. Acepta la guerra y sin perder un solo día y con la celeridad del rayo ordena a su sobrino, el valiente y romántico Manuel Filiberto, Duque de Saboya, que se ponga al frente del ejército español, de guarnición en los Países Bajos, fuerte de cuarenta y cinco mil infantes y doce mil caballos y que sin dilación caiga sobre Francia y tome la plaza fuerte de San Quintín.

Con maniobras rápidas y bien dirigidas, el Duque amaga invadir la Champaña y al ver desorientado por completo al enemigo, que desguarnece todos los puntos de la frontera, para socorrer esta región, invade velozmente la Picardía y se presenta audazmente frente a la plaza de San Quintín. Cuando los franceses se dan cuenta del estratégico engaño y de las funestas consecuencias, que de él pueden derivar, tratan de socorrer la plaza rodeada, saliendo de París a marchas forzadas el más escogido ejército de Francia, cuyo capitán era nada menos, que el Condestable de Montmorency, con una escolta de trescientos nobles caballeros figurando entre ellos los duques de Montpensier y Longueville y el Príncipe de Mantua. El primer choque de los dos ejércitos fué favorable a las armas de Francia, pues aunque con grandes pérdidas, logró Montmorency meter en San Quintín, al célebre Almirante Colingny con muchos importantes refuerzos. Colingny en esta ocasión dió fe de la fama de valiente que tenía y fué el héroe de la jornada.

El Duque de Saboya manda al Conde de Egmont, atravesar el río y cortar la retirada a los franceses. Cumple la misión con sensibles pérdidas La caballería del Duque de Nevers y la infantería alemana del Reingrave, chocan con el grueso del ejército español mandado personalmente por el Duque de Saboya y pronto con su avance incontenible penetra en el último reducto del Condestable, que al ver sus fuerzas derrotadas se dispone a morir matando, acompañado de la flor de la nobleza francesa y lo hubiera logrado, si al caer herido unos cuantos oficiales no lo escudaran con sus cuerpos.

La gloriosa reputación de invencible del Condestable quedó rota en esa batalla y por esta razón buscaba la muerte en ella.

El desastre del ejército francés fué enorme y las trascendencias de suma importancia. En efecto, a los quince días se tuvo que rendir la plaza de San Quintín y al tener noticias del avance del ejército español, sobre París, se firmó la paz, paz que, como la de Pavía, no podía ser duradera, por las condiciones humillantes impuestas por el vencedor.

Los españoles cogieron enorme y rico botín y gruesas sumas del rescate de los prisioneros, que como el de los Duques de Longueville y Montpensier y el del mismo Condestable, produjeron sumas fabulosas.

El Rey Felipe, al tener noticia de la brillante victoria, salió de Cambray, hacia el campamento del General en Jefe y al doblar éste la rodilla

ante el Monarca, en señal de acatamiento, díjole el Rey: *"Más bien me toca a mí, besar vuestras manos, que han ganado una victoria tan gloriosa y que tan poca sangre nos cuesta."*

El Monarca español, en conmemoración de esta insigne victoria, mandó construir el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, dedicado a este Santo, cuya fiesta celebra la Iglesia el día diez de agosto, día en que se dió la batalla.

Parece ser, según Fray Julián Zarco Cuevas, Académico de la Historia, que la fundación del Monasterio se debió a otras dos razones: "ya en España, Felipe II dió orden de buscar lugar acomodado, donde fundar un monasterio, que había de dedicarse al glorioso mártir español, San Lorenzo, para cumplir el voto que de edificarlo hiciera, durante el asalto de San Quintín, *al verse precisadas las tropas españolas, a destruir un monasterio de monjas, con el nombre del mismo Santo, y realizar a la vez, el encargo que en el último codicilo le hiciera su padre, el Emperador Carlos V, de señalarle un sitio en el cual descansaran sus huesos y los de sus descendientes honrosa y dignamente.*

Terminada la guerra y vuelto a España el Monarca vencedor, dió orden de buscar lugar acomodado, donde fundar el Monasterio.

Una numerosa comisión de filósofos, arquitectos y canteros, examinó durante dos años varios lugares, escogiendo un cerro inmediato a la Villa del Escorial, el cual pareció el más a propósito, por la abundancia y calidad de las aguas, sanidad del aire y sobre todo por la gran cantidad de materiales de todas clases, que había en las cercanías del lugar escogido.

Propuesta a la Orden de San Jerónimo (1) y aceptada por ésta la nueva fundación, reuniéronse en el vecino pueblo de Guadarrama, en noviembre de 1565, Juan Bautista de Toledo, arquitecto Mayor del Rey, Pedro de Hoyo, secretario del mismo, Fray Juan de Huete y Fray Juan del Colmenar, monjes Jerónimos, Prior y Vicario, nombrados del futuro Monasterio, los dos bastante entendidos en arquitectura, y otros religiosos, los cuales, habiendo visto y aceptado favorablemente el sitio escogido, se volvieron a Madrid.

En abril del 1566, botóse la espesa jara que cubría el terreno, se hicieron los hornos de cal, acordelose la obra, por Juan de Toledo, con la presencia de Felipe II, la del Veedor, el Contador y el Escribano; llegando un mes después el padre Jerónimo, que había de ser el alma de todo, Fray Antonio de Villacartin, el hombre más insigne que en el arte de edificar tenía España, y que tendría la suerte de poner la primera y última piedra de la gigantesca obra. Desde el instante de su llegada sería el brazo derecho de los arquitectos, el ya nombrado Toledo y el no menos sabio, Juan de Herrera.

---

(1) Estando contemplando el famoso cuadro de Sánchez Coello, en el que aparecen los Santos Jerónimo y Agustín, aquél con un modelo del Escorial en la mano, en actitud de entregársela al segundo Santo, mi ilustre acompañante me hace notar la singular coincidencia, de que siglos después, los Jerónimos entregaran el Monasterio a los Agustinos.

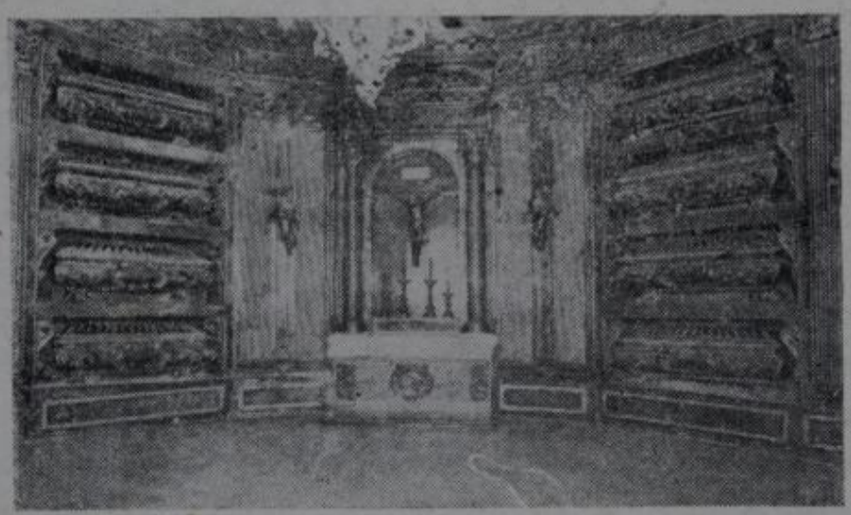
El Monasterio está rodeado de montes por el Norte y Poniente y por el Oriente y Mediodía se extiende un dilatado y hermoso horizonte en el cual en días despejados, se puede contemplar Madrid, a pesar de las siete leguas que de él lo separan.

La masa del edificio, imponente por su magnitud, es de estilo greco-romano, seca y adusta por la escasez de adornos, pero majestuosa y sublime como la religión que le dió el sér y severo y melancólico como su fundador.

La construcción duró veintidós años, la del Panteón nueve. La fachada principal, mide 741 pies de largo y 72 de alto, con dos torres de 200 pies en los extremos. El agua del Monasterio la surten once aljibes y 88 fuentes. Tiene 2.600 ventanas y 1.200 puertas, 15 claustros, 86 escaleras, 300 celdas, 1.600 (2) pinturas al óleo y 540 murales.

Hecha esta somera reseña pasaremos a describir, brevemente, las riquezas artísticas que encierra esta Octava Maravilla del Mundo.

Empezaremos por los Panteones de los Reyes y de Infantes. Yendo de la Sacristía a la Iglesia, junto a la entrada de la escalera para subir al coro, se halla la puerta de los Panteones. Una misma escalera sirve a los



Vista parcial del Panteón de los Reyes

dos Panteones, hasta la mitad de ella, donde se bifurca, conduciendo el brazo izquierdo al de los Reyes y el derecho al de los Infantes. Una soberbia puerta os detiene, cuya verja es de bronce dorado al fuego. Sobre la puerta leese una elegante inscripción latina, que traducida al castellano, dice: *A Dios omnipotente y grande—lugar sagrado—dedicado por la piedad de los Austrias a los despojos mortales de los Reyes Católicos, que aguardan el día ansiado, debajo del Altar Mayor—del restaurador de la vida. Carlos V, el más esclarecido de los Césares, deseó este lugar—de reposo postrero—para sí y para los de su estirpe.—Felipe II, el más prudente de los Reyes, lo eligió.—Felipe*

(2) Los cuadros del Escorial pasaban de 2.200. En el pasado siglo se donaron 350 para la fundación del Museo del Prado de Madrid y el resto se lo llevaron los franceses a París, en donde hoy están en el Museo del Louvre. El mejor de ellos, la Purísima de Murillo, acaba de ser devuelta a España.

III, Príncipe hondamente piadoso, dió comienzo a las obras.—Felipe IV, grande por su clemencia, constancia y religiosidad, lo agrandó, hermoseó y terminó en el año de 1654.

Después de esta puerta se pasan tres descansos y se bajan treinta y cinco escalones más. El primero tiene a los lados dos puertas simuladas y las del segundo dan entrada al *Pudridero de Reyes* a la derecha (en él se hallan los restos de la Reina María Cristina) y el de Infantes, a la izquierda, donde se colocan los cuerpos muertos hasta que secos y enjutos por completo, son trasladados a sus respectivos sepulcros. Toda la escalera es de mármoles de Toledo y jaspes de Tortosa.

El Panteón en sí, es de lo más sencillo. El Altar en frente de la puerta de entrada, es de mármol verde de Génova. Tiene un hermoso y bien labrado frontoaltar de bronce dorado, calado, con un bajorelieve central, que representa el entierro de Cristo, labrado por Fray Eugenio de la Cruz y Fray Juan de la Concepción.

Los primorosos ángeles de bronce dorado son de Clemente Ceusone y el Cristo de Doménico Guidi.

El Panteón es de forma poligonal, con dieciséis lados. Los ocho lados mayores del muro, están ocupados; uno por la puerta de entrada; el frontero a ésta por el altar y los seis restantes, tres a cada lado, por veinticuatro urnas sepulcrales de mármol pardo; descansan todos, sobre cuatro garras de león, de bronce dorado. En el centro de las urnas, en una faja de bronce dorado, con letras negras de relieve, se lee el nombre del Rey o Reina enterrado en él. A la derecha del altar están las urnas de los Reyes y en la izquierda las de las Reinas, cuyos hijos han sido Reyes de España. Sólo ha sido exceptuada de esta regla, la Reina Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV, que se enterró en este Panteón, por expresa determinación de este Monarca.

Momia del gran Emperador Carlos V,
cuya grandeza y poder no han sido igualados en el mundo

Los Reyes y Reinas enterrados son los siguientes:

Carlos V (Emperador) ..	1506-1558	Francisco de Asís . . .	1822-1902
Felipe II	1527-1598	Isabel (Emperatriz) . .	1503-1539
Felipe III	1578-1621	Ana	1549-1580
Felipe IV	1605-1665	Margarita	1584-1611
Carlos II	1661-1700	Isabel	1603-1644
Luis I	1707-1724	María Ana	1634-1696
Carlos III	1716-1788	María Luisa	1668-1714
Carlos IV	1748-1833	María Amalia	1724-1740
Fernando VII	1784-1833	María Luisa	1751-1819
Isabel II	1831-1904	María Cristina	1806-1878
Alfonso XII	1857-1885		

Faltan Felipe V que está enterrado en la Granja, con su esposa. Isabel de Farnesio y Fernando VI, que está con su mujer, doña Bárbara de Braganza, en las Salesas Reales de Madrid.

Continuará

Relaciones entre los Estados Unidos y Guatemala durante la época de Justo Rufino Barrios

Por J. Fred Rippy

Traducción del Profesor Don José Dávila S.

Las relaciones entre los Estados Unidos y Guatemala fueron íntimas durante los catorce años que siguieron al apoderamiento del gobierno guatemalteco por Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios en 1871. Estos dos caudillos debieron el buen éxito de su acometida para adueñarse del poder en gran parte a los rifles Remington y Winchester importados de los EE. UU., (1) y por esto tenían buenas razones desde el principio para apreciar las proezas tecnológicas de su vecino anglosajón. Barrios pronto comenzó a admirar la habilidad, pericia y vigor del ramo industrial de los EE. UU. Su actitud hacia los norteamericanos, como él los llamaba, pronto llegó a ser de cordial estimación. Estaba anheloso de su ayuda para la modernización de Guatemala. El deseaba también obtener su auxilio en el arreglo de la cuestión de límites con México y para realizar su acariciado plan de unir transformando las cinco repúblicas de Centroamérica en una sola nación.

Barrios no era hombre que esperaba favores de balde: él dió por sentado que sería solicitada reciprocidad. Esperaba obtener, ganarse el apoyo de

(1) Casimiro D. Rubio—*General Justo Rufino Barrios* (Guatemala City 1935) página 81. Víctor Miguel Díaz. *Bronces patrios; Barrios ante la posteridad.* (Guatemala City 1935) página 49; Paul Burgess, *Justo Rufino Barrios.* Philadelphia 1926, páginas 69/72.